

El Fantasma de la Ópera

Gaston Leroux

TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
Le Fantôme de l'Opera, 1910

© De la traducción: Mauro Armiño, 1995, 2011
© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2011
© De la ilustración: Enrique Flores, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2011

ISBN: 978-84-667-9518-0
Depósito legal: M-32440/2011
Impreso en Huertas industrias Gráficas, S. A.)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la
Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



El Fantasma de la Ópera

Gaston Leroux

Traducción:
Mauro Armiño

Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles

Ilustración:
Enrique Flores

ANAYA

PRESENTACIÓN

GASTON LEROUX

Gaston Leroux (1868-1927) nació en París y fue a la escuela en Normandía, donde su familia tenía una empresa de construcción naval. De niño disfrutaba navegando, pescando y leyendo las novelas de aventuras de Victor Hugo (1802-1885) y Alexandre Dumas padre (1802-1870), que le inculcaron el deseo de ser escritor.

En París estudió Derecho y se licenció en 1889. Ese mismo año, al fallecer su padre, heredó una considerable fortuna, que gastó en poco tiempo. Obligado a ganarse la vida, empezó a trabajar en la prensa como crítico de teatro y reportero. Por entonces la violencia anarquista estaba en auge, y en París se producían numerosos atentados. Leroux asistió a los juicios, entrevistó a los acusados y presenció las ejecuciones. Sus crónicas, en las que se mostraba contrario a la pena de muerte, aparecieron en los diarios L'Écho de Paris y Le Matin.

En 1896 fue uno de los seis periodistas elegidos para acompañar al presidente de la República Francesa, Félix Faure, en su viaje a Rusia. Sus reportajes le llevaron también a muchos otros países de Europa, a Egipto y a Marruecos. En 1899 se casó con Marie Lefranc, pero el matrimonio no duraría. Ya estaba separado cuando en 1902 viajó a Suiza para hacer un reportaje y conoció a Jeanne Cayatte, de quien se enamoró y con la que tendría dos hijos. Su esposa no consentía en el divorcio, y Leroux tuvo que esperar hasta 1917 para poder casarse por segunda vez.

Desde Rusia, donde pasó casi dos años como corresponsal del diario Le Matin, informó sobre la Revolución Rusa de 1905. A su regreso estrenó su primera obra de teatro, La casa de los jueces, sobre los errores judiciales, que fue un rotundo fracaso. En 1907 publicó la novela El misterio del cuarto amarillo, donde introdujo el personaje de Joseph Rouletabille, un joven aprendiz de reportero con extraordinarias facultades deductivas. El libro, una de las primeras intrigas policíacas sobre



el problema del cuarto cerrado, en el que es imposible tanto entrar como salir, le proporcionó una fama inmediata. «Había que ir más lejos que Poe, más lejos que Conan Doyle», dijo el autor.

Además de la serie de siete novelas con Rouletabille como protagonista, entre las que destacan El perfume de la dama de negro (1909) y Rouletabille con el zar (1912), Leroux escribió la serie de Chéri-Bibi, un presidiario víctima de un error judicial, y muchas otras de aventuras, misterio y horror, con abundancia de elementos fantásticos, como La muñeca sangrante (1923) y su continuación, La máquina de asesinar (1923). Se interesó por el cine y montó su propia productora cinematográfica. En 1927 murió en Niza.

Su obra más difundida en la actualidad es precisamente El Fantasma de la Ópera, que empezó a publicarse como folletín en el diario francés Le Gaulois a finales de 1909, y al año siguiente apareció como libro. Pese a su excelente pulso narrativo, la novela no conoció un verdadero éxito popular hasta 1925, cuando apareció la versión cinematográfica dirigida por Rupert Julian, en la que Lon Chaney (1883-1930), apodado «El hombre de las mil caras», interpretó el personaje de Erik, el fantasma. La escena en la que Erik toca el órgano y Christine se le acerca por detrás y le quita la máscara es considerada con justicia como una de las más memorables de la historia del cine. En todas las copias conservadas, la imagen en la que el rostro de Lon Chaney aparece por primera vez está desenfocada, quizá por el sobresalto del camarógrafo. Para aliviar los desmayos de los espectadores, la propaganda conminaba a las salas de cine a disponer de abundantes sales de olor.

El Fantasma de la Ópera ha sido objeto de otras muchas adaptaciones, tanto cinematográficas como teatrales. Una de ellas es el musical del mismo nombre de Andrew Lloyd Webber (1948), que pasa por ser, desde el punto de vista económico, el espectáculo artístico más rentable de la historia.

Vicente MUÑOZ PUELLES

*A mi hermano Jo,
que, sin tener nada de fantasma, no deja de ser,
como Erik, un Ángel de la música.
Con todo cariño.*

GASTON LEROUX

Prefacio

*En el que el autor de esta singular obra cuenta
al lector cómo terminó adquiriendo la certeza
de que el fantasma de la Ópera existió
realmente*

El fantasma de la Ópera existió. No fue, como durante mucho tiempo se creyó, una inspiración de artistas, una superstición de directores, la creación insulsa de los cerebros excitados de esas damiselas del cuerpo de baile, de sus madres, de las acomodadoras, de los empleados del guardarropa y de la portería.

Cuerpo de baile:
Conjunto de bailarines que forman una unidad en un teatro, una compañía, etc.

Sí, existió en carne y hueso, aunque se diesen todas las apariencias de un verdadero fantasma, es decir, de una sombra.

Al empezar a compulsar los archivos de la Academia Nacional de Música, me había sorprendido la asombrosa coincidencia de los fenómenos atribuidos al «fantasma», y del más misterioso, el más fantástico de los dramas, no tardé mucho en verme arrastrado a la idea de que quizá pudiera explicarse de modo racional aquella por este. Los sucesos apenas datan de hace una treintena de años y no sería difícil encontrar todavía hoy, en el *foyer*¹ mismo de la danza, ancianos muy respetables, cuya palabra no podría ponerse en duda, que recuerden, como si hubiera sido ayer, las condiciones misteriosas y trágicas que acompañaron el rapto de Christine Daaé, la desapa-

¹ Término francés que significa «hogar», y que se emplea en el lenguaje para designar el vestíbulo o el lugar de reunión durante los entreactos.



Vizconde: Miembro de la nobleza de categoría inferior a la de conde y superior a la de barón.

Conde: Noble de categoría inferior a la de marqués y superior a la de vizconde.

rición del vizconde de Chagny y la muerte de su hermano mayor, el conde Philippe, cuyo cuerpo fue hallado a orillas del lago que se extiende por debajo de la Ópera por el lado de la calle Scribe. Pero hasta este día ninguno de tales testigos había creído oportuno mezclar en esa terrible aventura al personaje más bien legendario del fantasma de la Ópera.

La verdad penetró lentamente en mi cabeza, alterada por una investigación que chocaba, a cada paso, con sucesos que a primera vista podían considerarse extraterrestres; más de una vez estuve a punto de abandonar una tarea en la que me ahogaba persiguiendo una vana imagen sin cogerla jamás. Finalmente tuve la prueba de que mis presentimientos no me habían engañado, y vi recompensados todos mis esfuerzos el día en que adquirí la certeza de que el fantasma de la Ópera había sido algo más que una sombra.

Ese día yo había pasado largas horas en compañía de las *Memorias de un director*, obra ligera del excesivamente escéptico Moncharmin, que durante su paso por la Ópera no comprendió nada de la conducta tenebrosa del fantasma, y que se burló de él tanto como pudo, en el momento mismo en que era la primera víctima de la curiosa operación financiera que se producía en el interior del «sobre mágico».

Acababa yo de salir desesperado de la biblioteca cuando encontré al encantador administrador de nuestra Academia Nacional, que charlaba en un descansillo con un viejecito impulsivo y coqueto, al que me presentó alegremente. El señor administrador estaba al corriente de mis investigaciones y conocía la impaciencia con que yo había intentado descubrir el retiro del juez de instrucción del famoso caso Chagny, el señor Faure. Se desconocía qué había sido de él, si estaba muerto o vivo; y resulta que, de regreso de Canadá, donde acababa de pasar quince años, su primera salida en París había sido para pedir un pase



de favor a la secretaría de la Ópera. Aquel viejecito era el propio señor Faure.

Pasamos juntos buena parte de la velada y me contó todo el caso Chagny tal como lo había entendido él en otro tiempo. Por falta de pruebas, había tenido que pronunciarse por la locura del vizconde y por la muerte accidental del hermano mayor, pero seguía convencido de que entre ambos hermanos, y a propósito de Christine Daaé, había ocurrido un drama terrible. No supo decirme qué había sido de Christine, ni del vizconde. Por supuesto, cuando le hablé del fantasma, no dejó de echarse a reír. También le habían puesto al corriente de las singulares manifestaciones que entonces parecían atestiguar la existencia de un ser excepcional que hubiera elegido por domicilio uno de los rincones más misteriosos de la Ópera, y había conocido la historia del «sobre», pero en todo ello no había visto nada que pudiera llamar la atención de un magistrado encargado de instruir el caso Chagny, y apenas si había escuchado durante unos instantes la declaración de un testigo que se había presentado espontáneamente para afirmar que había tenido ocasión de encontrarse con el fantasma. Ese personaje —el testigo— no era sino el mismo al que el todo París llamaba «el Persa», sobradamente conocido por todos los abonados a la Ópera. El juez le había tomado por un iluminado.

Como supondréis, quedé prodigiosamente interesado por la historia del Persa. Quise encontrar, si aún era posible, a ese precioso y original testigo. Mi buena fortuna hizo nuevamente acto de presencia, y lo gré descubrirle en su pequeño piso de la calle de Rivoli, que no había abandonado desde aquella época y en el que moriría cinco meses después de mi visita.

Al principio desconfié; pero cuando el Persa me hubo contado, con candor de niño, cuanto sabía personalmente del fantasma y cuando puso en mis manos las pruebas de su existencia y, sobre todo, la

Iluminado:
Persona que se cree inspirada por un poder sobrenatural, o estar en posesión de la verdad absoluta y tener conocimientos superiores a los de los demás.



extraña correspondencia de Christine Daaé, correspondencia que iluminaba con una luz tan deslumbrante su horroroso destino, ya no pude dudar. ¡El fantasma no era un mito!

Se me ha replicado que tal vez toda esa correspondencia no fuera auténtica y que podía haber sido fabricada en todas sus partes por un hombre cuya imaginación estuviera alimentada por los cuentos más seductores; conozco de sobra esas réplicas, pero por suerte me ha sido posible encontrar la caligrafía de Christine en escritos distintos al famoso paquete de cartas, y, por consiguiente, entregarme a un estudio comparativo que ha disipado todas mis vacilaciones.

Caligrafía:
Conjunto de rasgos característicos de la escritura de una persona, de un documento o de una época.

Asimismo me he documentado sobre el Persa y de este modo he podido apreciar en él a un hombre honrado, incapaz de inventar una maquinación que hubiera podido desorientar a la justicia.

Tal es la opinión del resto de las mayores personalidades que estuvieron envueltas, de cerca o de lejos, en el caso Chagny, que fueron amigas de la familia, a quienes mostré todos mis documentos y ante quienes desarrollé todas mis deducciones. Por su lado recibí los más nobles alientos y, a este respecto, me permitiré reproducir aquí algunas líneas que me dirigió el general D...

Señor,

No puedo sino incitarle a publicar los resultados de su investigación. Recuerdo perfectamente que, pocas semanas antes de la desaparición de la gran cantante Christine Daaé y del drama que enlutó a todo el barrio de Saint-Germain, se hablaba mucho, en el foyer, de la danza del «fantasma»; y creo que no dejó de hablarse de él sino después de cerrado ese caso que preocupaba a todos; mas, si el drama puede explicarse, como creo tras haberle oído usted, mediante el fantasma, le ruego, señor, que volvamos a hablar del fantasma. Por misterioso que pueda parecer al



principio, siempre será más explicable que esa sombría historia donde personas malintencionadas han querido ver desgarrarse hasta la muerte a dos hermanos que se adoraron durante toda su vida...

Presentándole mis respetos, etc.

Por último, yo había recorrido de nuevo, con mi expediente en la mano, el vasto dominio del fantasma, el formidable monumento del que había hecho su imperio, y todo lo que mis ojos habían visto, todo lo que mi espíritu había descubierto corroboraba admirablemente los documentos del Persa, cuando un hallazgo maravilloso vino a coronar de forma definitiva mis trabajos.

Como se recordará, recientemente, al excavar el subsuelo de la Ópera para enterrar allí las voces fonografiadas de los artistas, el pico de los obreros dejó al descubierto un cadáver; je inmediatamente yo demostré que ese cadáver era el del fantasma de la Ópera! Hice que el administrador mismo tocase esa prueba con la mano, y me es indiferente que los periódicos cuenten que lo que se encontró fuera una víctima de La Comuna².

Los desventurados que, durante La Comuna, fueron matados en los sótanos de la Ópera no están enterrados en ese lado; yo diré dónde pueden encontrarse sus esqueletos, muy lejos de esa cripta inmensa en la que, durante el asedio, acumularon todo tipo de provisiones de boca. Di con ese rastro precisamente cuando buscaba los restos del fantasma de la Ópera, que no habría encontrado sin ese azar inaudito del enterramiento de unas voces vivas.

Pero ya volveremos a hablar de ese cadáver y de lo que conviene hacer; ahora me importa terminar este necesarísimo prefacio dando las gracias a los ex-

Fonografiadas: Es decir, registradas.

Cripta: Lugar subterráneo en que se acostumbraba enterrar a los muertos.

² Se refiere al movimiento revolucionario que tomó el poder en París del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871.



cesivamente modestos comparsas que, como el señor comisario de policía Mifroid (en otro tiempo llamado a hacer las primeras comprobaciones cuando se produjo la desaparición de Christine Daaé), como también el antiguo secretario señor Rémy, el antiguo administrador señor Mercier, el antiguo jefe de canto señor Gabriel y, más especialmente, la señora baronesa de Castelot-Barbezac, que en otro tiempo fue «la pequeña Meg» (y que no se avergüenza de ello), la estrella más encantadora de nuestro admirable cuerpo de baile, hija mayor de la honorable señora Giry —antigua acomodadora muerta en el palco del fantasma—, me fueron de la ayuda más útil y gracias a los cuales voy a poder revivir en sus menores detalles, junto con el lector, aquellas horas de puro amor y de espanto*.

* Sería un ingrato si no diese también las gracias en el pórtico de esta terrible y verídica historia a la actual dirección de la Ópera, que tan amablemente se prestó a todas mis investigaciones, y en particular al señor Messenger; asimismo al simpatísimos administrador señor Gabion y al amabilísimo arquitecto encargado de la buena conservación del monumento, que no vaciló en prestarme las obras de Charles Garnier, aunque estuviera casi seguro de que no iba a devolvérselas. Por último, debo reconocer públicamente la generosidad de mi amigo y antiguo colaborador señor J. L. Croze, que me permitió compulsar su admirable biblioteca teatral y tomar en préstamo ediciones únicas que él apreciaba en mucho.

[Tenga en cuenta el lector que todas las notas con asterisco son del autor. Por otro lado, Charles Garnier (1825-1898) fue un arquitecto francés, autor, entre otras obras, de la construcción de una nueva sala de Ópera en París, inaugurada en 1875].